

EDITORIAL

La investigación científica alcanza su verdadero sentido cuando el conocimiento producido trasciende los espacios académicos y contribuye a comprender, cuestionar o transformar la realidad. Publicar los resultados de una investigación constituye una etapa esencial del proceso científico; sin embargo, divulgar implica un compromiso adicional: hacer que ese conocimiento sea comprensible, accesible y socialmente relevante. Desde esta perspectiva, la divulgación científica no debe considerarse una actividad complementaria, sino una responsabilidad inherente al ejercicio de la investigación.

En una sociedad caracterizada por la circulación acelerada de información, la ciudadanía necesita contar con elementos que le permitan distinguir entre la evidencia científica, la opinión, la especulación y la desinformación. La alfabetización científica favorece la participación reflexiva de las personas en asuntos relacionados con la salud, el ambiente, la economía, la tecnología y las decisiones públicas. Por ello, la ciencia debe entenderse como un bien público global y su comunicación como una responsabilidad compartida entre investigadores, universidades, revistas científicas, instituciones gubernamentales y medios de comunicación (Reddy, 2021).

La divulgación también permite aproximar la universidad a su entorno. Cuando los resultados permanecen únicamente en repositorios, bases de datos especializadas o publicaciones dirigidas a comunidades académicas reducidas, se limita su capacidad para generar cambios concretos. Una investigación puede ser metodológicamente rigurosa y científicamente valiosa, pero su impacto social será insuficiente si sus conclusiones no llegan a quienes toman decisiones, gestionan organizaciones, desarrollan políticas públicas o enfrentan directamente los problemas estudiados.

Uno de los principales retos consiste, precisamente, en superar el modelo de comunicación unidireccional, en el cual el investigador transmite información y el público se limita a recibirla. La divulgación contemporánea demanda diálogo, escucha y aprendizaje recíproco. El público no debe ser concebido como un receptor pasivo o carente de conocimientos, sino como un actor que posee experiencias, saberes y preocupaciones capaces de enriquecer la interpretación y aplicación de los hallazgos científicos. No obstante, investigaciones recientes evidencian que, incluso en las universidades, la comunicación continúa desarrollándose predominantemente en una sola dirección y existen dificultades para implementar mecanismos efectivos de participación pública (Biermann et al., 2025).

A ello se suman las barreras institucionales. Muchos investigadores enfrentan limitaciones de tiempo, ausencia de formación comunicacional, escaso financiamiento y falta de reconocimiento académico por las actividades de divulgación. En los sistemas universitarios todavía prevalece una cultura que valora principalmente la publicación especializada, la citación y los indicadores bibliométricos, mientras que la comunicación con la sociedad suele percibirse como una labor secundaria. Woitowich et al. (2022) comprobaron que la falta de tiempo, apoyo, capacitación e infraestructura restringe significativamente la participación de los científicos en actividades de comunicación pública.

Otro desafío está relacionado con la transformación digital. Las redes sociales, los recursos audiovisuales, los podcasts, las infografías y las plataformas de acceso abierto ofrecen oportunidades extraordinarias para ampliar la visibilidad del conocimiento. Sin embargo, estos espacios también facilitan la propagación de contenidos falsos, interpretaciones descontextualizadas y afirmaciones que apelan a la emoción antes que a la evidencia. En consecuencia, divulgar exige rigor, transparencia y capacidad para comunicar la incertidumbre. Simplificar el lenguaje científico no significa deformar los resultados, exagerar sus alcances ni ocultar sus limitaciones.

Asimismo, resulta indispensable reconocer las desigualdades existentes en el sistema mundial de producción y comunicación científica. Las barreras económicas, tecnológicas y lingüísticas afectan especialmente a investigadores, universidades y revistas del Sur Global. La predominancia del inglés y los elevados costos de publicación pueden reducir la participación y visibilidad de investigaciones desarrolladas en contextos locales, incluso cuando estas abordan problemas de elevada importancia social. Turba et al. (2026) advierten que tales condiciones profundizan las brechas entre el Norte y el Sur Global y limitan la diversidad de perspectivas presentes en la ciencia.

Frente a estos retos, las perspectivas de la divulgación científica deben orientarse hacia una comunicación abierta, inclusiva, ética y multidisciplinaria. Las revistas científicas están llamadas a complementar los artículos especializados con resúmenes accesibles, contenidos visuales, versiones audiovisuales y estrategias de difusión digital. Del mismo modo, las instituciones deben incorporar la divulgación en sus políticas de investigación, reconocerla en la evaluación académica y fortalecer las competencias comunicativas de docentes, investigadores y estudiantes.

En este contexto, Balance's reafirma su compromiso con la difusión rigurosa del conocimiento en las ciencias contables, financieras, administrativas y empresariales. Nuestra tarea no concluye con la publicación de un artículo; continúa cuando sus resultados son leídos, discutidos, cuestionados y utilizados para mejorar las organizaciones y la sociedad. Divulgar la ciencia significa construir puentes entre la investigación y la realidad, entre la universidad y la ciudadanía, y entre el conocimiento generado y las decisiones que pueden transformar nuestro entorno.

El futuro de la ciencia dependerá no solo de nuestra capacidad para producir nuevos conocimientos, sino también de la voluntad y responsabilidad con que sepamos compartirlos.

Referencias.

- Biermann, K., Banse, L., & Taddicken, M. (2025). "It's mostly a one-way street, to be honest": The subjective relevance of public engagement in the science communication of professional university communicators. *Journal of Science Communication*, 24(1), A03. <https://doi.org/10.22323/2.24010203>
- Reddy, D. (2021). Scientific literacy, public engagement and responsibility in science. *Cultures of Science*, 4(1), 6–16. <https://doi.org/10.1177/20966083211009646>
- Turba, R., Thoré, E. S. J., Bertram, M. G., Bridg, H., Sabet, S. S., Gamboa, M., Ríos-Orjuela, J. C., Takola, E., Capa Salinas, J., Sampaio Franco, A. C., & Marín, C. (2026). Global North–South science inequalities due to language and funding barriers. *Peer Community Journal*, 6, e9. <https://doi.org/10.24072/pcjournal.677>
- Woitowich, N. C., Hunt, G. C., Muhammad, L. N., & Garbarino, J. (2022). Assessing motivations and barriers to science outreach within academic science research settings: A mixed-methods survey. *Frontiers in Communication*, 7, 907762. <https://doi.org/10.3389/fcomm.2022.907762>

José Darwin Malpartida Márquez
Editor General

EDITORIAL

Scientific research reaches its fullest meaning when the knowledge it produces extends beyond academic settings and contributes to understanding, questioning, or transforming reality. Publishing research findings is an essential stage of the scientific process; however, science communication entails an additional commitment: making knowledge understandable, accessible, and socially relevant. From this perspective, science communication should not be regarded as a complementary activity, but rather as an inherent responsibility of research practice.

In a society characterized by the rapid circulation of information, citizens need adequate tools to distinguish scientific evidence from opinion, speculation, and misinformation. Scientific literacy encourages people to participate thoughtfully in matters related to health, the environment, economics, technology, and public decision-making. Therefore, science should be understood as a global public good and its communication as a shared responsibility among researchers, universities, scientific journals, government institutions, and the media (Reddy, 2021).

Science communication also helps bring universities closer to their social environment. When research findings remain confined to repositories, specialized databases, or publications aimed at limited academic communities, their capacity to generate concrete change is restricted. A study may be methodologically rigorous and scientifically valuable, but its social impact will remain insufficient if its conclusions do not reach decision-makers, organizational leaders, policymakers, or those who directly face the problems being studied.

One of the main challenges lies precisely in overcoming the one-way communication model in which researchers transmit information while the public merely receives it. Contemporary science communication requires dialogue, active listening, and mutual learning. The public should not be regarded as a passive audience lacking knowledge, but as an active stakeholder whose experiences, knowledge, and concerns can enrich the interpretation and application of scientific findings. Nevertheless, recent research shows that, even within universities, communication continues to be predominantly one-directional and that effective public engagement mechanisms remain difficult to implement (Biermann et al., 2025).

Institutional barriers must also be considered. Many researchers face time constraints, limited communication training, insufficient funding, and a lack of academic recognition for science communication activities. University systems still tend to prioritize specialized publications, citation counts, and bibliometric indicators, while public communication is often perceived as a secondary task. Woitowich et al. (2022) found that limited time, institutional support, training, and infrastructure significantly restrict scientists' participation in public communication activities.

Another challenge is associated with digital transformation. Social media, audiovisual resources, podcasts, infographics, and open-access platforms offer extraordinary opportunities to expand the visibility of scientific knowledge. However, these environments also facilitate the spread of false content, decontextualized interpretations, and claims that appeal to emotion rather than evidence. Consequently, communicating science requires rigor, transparency, and the ability to explain uncertainty. Simplifying scientific language does not mean distorting findings, exaggerating their implications, or concealing their limitations.

It is also essential to acknowledge the inequalities that persist within the global system of scientific production and communication. Economic, technological, and linguistic barriers particularly affect researchers, universities, and journals in the Global South. The predominance of English and the high costs of publication may reduce the participation and visibility of research conducted in local contexts, even when such studies address issues of considerable social importance. Turba et al.

(2026) warn that these conditions deepen the gap between the Global North and the Global South and limit the diversity of perspectives represented in science.

In response to these challenges, the future of science communication should be guided by an open, inclusive, ethical, and multidisciplinary approach. Scientific journals are called upon to complement specialized articles with accessible summaries, visual content, audiovisual materials, and digital dissemination strategies. Likewise, institutions should incorporate science communication into their research policies, recognize it within academic evaluation systems, and strengthen the communication skills of faculty members, researchers, and students.

Within this context, *Balance's* reaffirms its commitment to the rigorous dissemination of knowledge in the fields of accounting, finance, administration, and business studies. Our work does not end with the publication of an article; it continues when its findings are read, discussed, questioned, and used to improve organizations and society. Communicating science means building bridges between research and reality, between universities and citizens, and between the knowledge generated and the decisions capable of transforming our environment.

The future of science will depend not only on our ability to produce new knowledge, but also on the willingness and responsibility with which we are able to share it.

References.

- Biermann, K., Banse, L., & Taddicken, M. (2025). "It's mostly a one-way street, to be honest": The subjective relevance of public engagement in the science communication of professional university communicators. *Journal of Science Communication*, 24(1), A03. <https://doi.org/10.22323/2.24010203>
- Reddy, D. (2021). Scientific literacy, public engagement and responsibility in science. *Cultures of Science*, 4(1), 6–16. <https://doi.org/10.1177/20966083211009646>
- Turba, R., Thoré, E. S. J., Bertram, M. G., Bridg, H., Sabet, S. S., Gamboa, M., Ríos-Orjuela, J. C., Takola, E., Capa Salinas, J., Sampaio Franco, A. C., & Marín, C. (2026). Global North–South science inequalities due to language and funding barriers. *Peer Community Journal*, 6, e9. <https://doi.org/10.24072/pcjournal.677>
- Woitowich, N. C., Hunt, G. C., Muhammad, L. N., & Garbarino, J. (2022). Assessing motivations and barriers to science outreach within academic science research settings: A mixed-methods survey. *Frontiers in Communication*, 7, 907762. <https://doi.org/10.3389/fcomm.2022.907762>

José Darwin Malpartida Márquez
Editor-in-Chief